

CARTA XI.

EL FILOSOFO A TEODORO.

Teodoro mío: El padre al otro día empezó á cumplirse su palabra: ve aquí lo que me dijo:

Señor, la religión cristiana empezó con el mundo, y la verdadera religión no podía tener menor antigüedad. La razón basta para hacernos comprender que un Dios omnipotente, tan justo como sabio, no puede criar nada que no sea para su gloria, y que criando al hombre, la última y la mejor de sus obras, dotado de inteligencia y de un espíritu inmortar, libre y capaz de escoger entre el bien y el mal, de merecer y de desmerecer, era digno de su sabiduría y de su justicia, que le diera conocimiento de su criador, y le hiciera saber, tanto las reglas con que debe vivir, como el culto que le debe tributar; que por consiguiente, la primera obligación del hombre era reconocerle, adorarle, obedecerle y merecer por estas virtudes una felicidad que no puede dejar de ser eterna, pues su alma lo es.

Estas nociones tan simples y tan justas que la razón nos dice, las repite también la religión, pues nos enseña, que al instante que Dios crió á Adán, se le hizo conocer y le impuso leyes que Adán, débil, se dejó seducir y las violó; que Dios le castigó privándole del estado de inocencia en que le había criado, dejándole en manos de su concupiscentia, y condeñándole con su posteridad al trabajo, al dolor y á la muerte.

Pero que este Dios de bondad, que en medio de sus iras jamás olvidó sus misericordias, desde entonces le consoló, prometiéndole que á su tiempo le enviaría al hijo de la mujer, que sería el reparador de aquel delito. Yo haré, dijo, en presencia de Adán, al tentador disfrazado con la piel de la serpiente, yo haré que tu y la mujer seas enemigos. El hijo que nacera de ella destruirá tu cabeza, y tu pondrá sus plantas en tu calcañal. Esto es (1), él destruirá tu imperio abatiendo tu orgullo, y tú destruirás lo que es débil en él.

Estas fueron las primeras palabras con que Dios anunció á los hombres un Mesías, un enviado, un redentor que debía reparar los daños de Adán. El hijo de la mujer no puede ser otro que Jesucristo. La primer parte de la promesa divina se cumplió, cuando con su muerte redimió á la posteridad de Adán que había quedado sujeta al imperio del diablo, y la segunda, cuando éste, con su rebuosa actitud indujo á los judíos á la muerte de Jesucristo.

Es verdad que entonces Dios no se dignó de revelar á Adán este consuelo con toda la claridad con que se explica, nor después los profetas, y con la evidencia con que los sucesos posteriores verificaron estas profecías en la persona de Jesús. Pero tal es el orden de la dispensación divina; jamás revela sus arcanos sino con oportunidad y á medida de las necesidades; y así este misterio tan digno de su grande-

za y tan importante para remedio de los hombres, observó esta bien ordenada progresión de luz y de claridad.

Reflexionemos de paso cómo á medida que los tiempos se avanzaban y que nuestras necesidades lo exigían, fué descubriendo este secreto soberano, sacándole de su seno divino, según las circunstancias en que su conocimiento podía sernos útil.

Á Adán no le dijo sino que enviaría un Redentor para que salvase su posteridad; esto bastaba para su consuelo. Dos mil doscientos y sesenta y un años después promete á Abraham por recompensa de su heroísmo, que saldría de su presepia aquel Redentor. La misma promesa y en los mismos términos repite á su hijo Isaac.

Pero á su nieto Jacob añadió muchas luces, pues cuando este patriarca en el lecho de la muerte, cercado de sus doce hijos, les anuncia que formará cada uno una tribu, y explica á cada cual sus futuros destinos, asegura á Judá que el Redentor nacerá de la suya, y le añade (1) que su tribu obtendrá el imperio de Israel, y que no se le quitará hasta que llegase este Redentor que se esperaba. Muchos años después, Moisés, poco antes de morir, dijo expresamente á todas estas tribus (2): Dios suscitará de vuestra nación uno de vuestros hermanos, que será un profeta como yo, esto es, legislador y jefe del pueblo; y añadió: Escuchadle.

Pero hasta allí todas estas promesas no eran más que generales; porque como he dicho, estando todavía lejos el nacimiento de este Salvador, no era todavía necesario ni útil declarar las señales características que le debía hacer reconocer, ni indicar el tiempo en que se le debía esperar. Dios no comunicaba sus luces para satisfacer la curiosidad de los hombres, sino para animar en ellos la fe, la confianza y los deseos que debía excitarle la esperanza de este Salvador. Por eso las proporcionaba á las circunstancias de cada siglo, y por eso cuando se acercó el instante de su advenimiento, las fué multiplicando hasta darlas al fin con abundancia. Las profetas posteriores fueron muy numerosos, y cada cual añadía un grado más de luz á sus predecesores.

David, que como de la tribu de Judá y como rey de Israel por elección divina, estaba designado en la profecía de Jacob para ser uno de sus ascendientes, derramó nuevas y grandes luces para que se le pudiera reconocer. Después vinieron otros, y todos añadieron señales distintas y más características que le debían distinguir. Unos anunciaban diversas cualidades y excelencias de su persona, otros profetizaron muchas circunstancias individuales de su vida y

(1) Genes. XVIII, 10.

(2) Deuter. XVIII, 18, 19.

de su muerte, y Daniel, el más positivo de todos, determinó con precisión el tiempo de su advenimiento.

Pero dejemos ahora este asunto, de que podremos hablar después con mas extensión. Esta breve noticia solo debe servir para observar que desde que Dios hizo entrar á Adán la esperanza de este reparador que debía librar á su posteridad del estrago de que era causa, este reparador debía ser el primer objeto de su amor, de sus deseos y esperanzas; que sus hijos y descendientes, noticiosos de esta promesa y tan interesados en su cumplimiento, debían ser los herederos de los mismos afectos, y que en efecto lo fueron todos los que no se olvidaron de Dios ni abandonaron la religión y el culto de sus padres, tales como Abel, Sem, Noé, Job, Melchisedech y otros muchos.

Así pues, rigurosamente hablando, todos estos fueron cristianos, pues todos aguardaban este Redentor, que había de ser el Cristo ó el unguido del Señor; todos aspiraban por este reparador ó Mesías prometido, único y continuo objeto de su amor, de sus deseos y esperanzas, único medio de su felicidad eterna; pues no pudiendo por sí aplacar la justicia divina, solo lo podían conseguir por la esperanza de este mediador y en vista de sus méritos futuros. Los judíos, á quienes después Moisés sacó de la esclavitud de Egipto y condujo á la tierra en que debía nacer y morir este Mesías, también lo esperaban, lo deseaban, y no se pudieron salvar sino por él.

Así, toda esta nación no solo creía la promesa, sino que la deseaba y fundaba en el advenimiento de Cristo toda la esperanza de su felicidad; y esto es tan cierto, que sus Infelices descendientes, que ciegos desconocieron y equivocaron al Redentor divino, le esperaban todavía, sin mas diferencia de ellos á nosotros, sino que nosotros gozamos ya el fruto de la promesa y aquellos no la gozan y le esperan todavía. Pero los que le reconocieron y los que antes de su venida lo esperaron, fueron cristianos en su corazón, y unos y otros han hallado en sus méritos el remedio de los males de Adán.

Dejemos ahora estas reflexiones y volvamos á la historia. Los descendientes del infeliz Adán, herederos de su flaqueza, habiéndose multiplicado mucho, se vieron obligados á dividirse y formarse en naciones diferentes, se deramaron por la tierra, y con el trascurso de los siglos no solo perdieron la memoria de los sucesos primitivos, no solo abandonaron la religión de sus padres, sino que olvidando hasta la idea del verdadero Dios, se dieron á la idolatría mas grosera y se entregaron á los deseos insensatos de un corazón.

Las generaciones sucesivas corrompieron todos sus caminos y merecieron que se les escondiese la verdad, pues habían preferido la mentira. Pero Dios no usa siempre de su justa severidad, y consulta su misericordia. Después de muchos siglos de exesos y de vicios, purificó la tierra por un diluvio, preservó de la general inundación una familia santa, que fué la del justo Noé, publicó con ella la tierra de habitantes nuevos y dispuso otros medios que pudiesen conducir otra vez á los hombres á su primera institución, y preparó los caminos para la venida del Redentor prometido.

Estos designios eran grandes, y para ejecutarlos escogió de entre las nuevas naciones el pueblo particular que he dicho, el pueblo hebreo, descendiente de Abraham, á cuya

descendencia lo había Dios prometido, y por eso desde entonces quiso llamarse Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob. Á este pueblo constituyó depositario de sus oráculos, promesas y leyes; le encargó el honroso cuidado de conservar la religión y de trasladar á todas las ciudades verdades útiles: lo gobernó por sí mismo, pues aunque también gobierna el universo, en el pueblo hebreo ejerció al descubierto el imperio que en los otros ejerce de un modo invisible. Le comunicó una parte del misterio de sus consejos, le hizo saber su voluntad, le dió una ley y le manifestó el juicio que hace de las acciones de los hombres y los castigos ó recompensas con que los aguarda.

Lo que es mas admirable y que yo os pido empezé á observar es, que para que estas instrucciones y documentos no se borrasen de la memoria de los hombres y para que al mismo tiempo sirviesen de prueba incontestable á los pueblos futuros, los hizo consignar en monumentos tan auténticos y durables, que la misma nación los ha respetado siempre, y los respeta hasta hoy como divinos; monumentos que existen todavía y á cuya fuerza y convicción no puede resistir la buena fe.

Este pueblo estaba entonces reducido á las doce tribus que habían salido de los doce hijos de Jacob; pero se habían multiplicado mucho, y vivían en Egipto sujetos á la mas miserable esclavitud, y para condeñarlos á la tierra prometida, en que debía nacer el Salvador que lo repararía todo, Dios escogió uno de entre ellos, llamado Moisés, á quien nombró caudillo de todos los demás. El Señor se manifestó á este grande hombre mas que se había hasta entonces manifestado á ningún otro mortal; le habla y dice (1): Yo soy el que soy; como que Dios es el único que existe por sí mismo; como que á su vista toda la que existe no es mas que sombra. El Dios criador de todo, quiso ser conocido y que se le adorase con este nombre incommunicable y majestuoso.

Moisés fué pues el instrumento de que Dios se sirvió para comunicarse á los hombres y hacerles saber su voluntad. Á fin de que Moisés pudiese prolar su misión divina, lo revistió de fuerza y de poder, le comunicó una parte de su omnipotencia, dándole virtud para suspender ó ir contra la naturaleza siempre que fuera necesario.

Para que no se perdiese la historia de los sucesos primitivos y que pasase con fidelidad á los siglos venideros, lo mandó escribir un libro que refriese todo lo que sucedería en el intervalo de su propia misión. Moisés obedeció y escribió estos libros. El mismo Dios le dió una ley para el mismo pueblo, en que explicaba tanto lo que debían hacer para vivir entre sí con paz y justicia, como el modo y el culto con que le debían adorar.

Vos me diréis, señor, que es osar contar una novela ó una fábula, que cómo puedo saber historias tan antiguas y que parecen absurdas, que quiza pueda asegurar hechos tan lejanos y extraordinarios, que de dónde he sacado noticias tan inverosímiles. Pero yo puedo responderos que lo he sacado todo de esos libros que Moisés escribió por óden de Dios y que fueron dictados por Dios mismo; de esos libros que son los mas antiguos del mundo y los únicos que han podido escapar al hambre su origen, su naturaleza y sus destinos; de esos libros escritos por Moisés, que

(1) Exod. III, 14.

fué candillo de su pueblo, á quien hoy todavía la nación juda reconoce por su jefe y por su legislador.

Por Moisés, que al mismo tiempo que publicó este libro probaba su verdad y la divinidad de su misión con milagros tan indubitables y patentes, que el pueblo mismo que los veía no podía dudar que Dios le autorizaba á dudar poder para ejecutar prodigios tan superiores al esfuerzo humano. Por Moisés, que no podía engañarse ni engañar los, pues cuando hablaba de lo pasado no refería sino lo que habían caído todos, como que su objeto no era instruir á sus contemporáneos, tan instruidos como él de aquellos hechos, sino conservarlos á la posteridad, para que no se perdiese entre los judíos la memoria, como se había perdido en las demás naciones; y cuando hablaba de los que pasaban en la actualidad, no refería sino lo que todos estaban viendo á cada instante.

Finalmente, yo lo he sacado de unos libros que al instante que salieron de las manos de Moisés, fueron respetados de todo el pueblo que los recibía, y que eran compañeros y testigos de todo lo que cuentan; que hoy mismo son venerados y creídos por sus descendientes, como oráculos y depósitos de la verdad; y que por el sagrado y religioso respeto con que estos los conservan desde entonces, han podido llegar á nuestras manos íntegros, intactos y puros, sin que haya sido posible alterarlos y corromperlos.

Ve aquí, señor, grandes títulos para obtener la creencia, ¿y qué razón podrá resistir á su fuerza, si es posible mostrar al mismo tiempo su legitimidad? Esto es lo que espero conseguir, yo es demostrar la autenticidad, la autoridad, la infalibilidad de estos libros, y por consiguiente que es imposible dejar de creer lo que se dice en ellos. Tened paciencia y veréis como todo se va desenvolviendo poco á poco.

Que Moisés haya sido legislador de los hebreos, es un hecho acreditado por las pruebas mas seguras, por la tradición mas constante y mas universal, por los monumentos mas respetables y por los testimonios menos sospechosos. ¿Por qué, decía san Agustín, creemos con tanta seguridad que ha habido en otros tiempos personajes famosos, grandes conquistadores, excelentes oradores y legisladores ilustres? ¿Con qué fundamento no dudamos del tiempo de los autores que han escrito ciertos libros? Es porque los contemporáneos no lo han dudado y porque desde entonces la creencia se ha conservado entre los hombres. ¿Cuales de los dos debe no dudarse de la legislación de Moisés, puesto que no solo sus contemporáneos recibieron los libros de su mano, los conservaron con respeto y los siguieron de punto en punto, sino que los escritores posteriores los testifican de siglo en siglo, y no hay ninguno de sus libros en que Moisés no esté citado como el fundador de la república judaica y como el primer legislador de la nación?

¿Pero cómo era posible dudarle cuando se ve que la autoridad de Moisés y la certidumbre de la historia que ha escrito, eran todo el fundamento de las leyes, ritos, usos, ceremonias, fiestas, sacrificios, y en general de la conducta pública y particular de los judíos? Cerca de veinte siglos subsistió el estado político de este pueblo, y en todo este tiempo jamás reconoció otras leyes que las de Moisés, ni tuvo otro culto que el que le prescribió de orden de Dios en el desierto.

Hay mismo, después de otros mil ochocientos años, sus

descendientes no conocen otra doctrina que la que recibieron sus mayores en los libros de aquel legislador. Que se me cite uno de cuantos formaron imperios ó han dado leyes á las naciones, cuyo nombre y memoria haya venido hasta nosotros por una tradición tan clara y tan seguida, ni que se haya merecido tan inalterable veneración.

Cuando no hubiera otro fundamento para despreciar las paradojas de la incredulidad que su imposibilidad de fijar el origen de esta tradición, bastaria para cerrarle la boca. Pero hasta los escritores del gentilismo que consideraron la nación judaica, la certidumbre, y sin hablar de muchos de sus libros que se han perdido y que los padres citan en sus obras, los que nos han quedado bastan para acreditarlo. Josefo afirma como verdad sentada y no teme ser desmentido, que Moisés vivía en tiempos anteriores á los tiempos en que la filosofía supone sus dioses, sus reyes y sus héroes; por consiguiente muy anteriores á los siglos en que la historia habla de sus legisladores y de sus reyes.

—Estando aquí, me pareció que yo podía olvidar muchas especies, sobre todo el orden con que las refería; pedí licencia al padre para tomar la pluma y hacer pedruzcos notas que me las recordasen. El padre me lo prometió, y estas notas son las que ahora me sirven para escribirte esta y las demás cartas; pero ay, Teodoro! ¡quanta pena en mi resumen! ¿Qué abundancia, que estilo, qué elocuencia le da este hombre sublime! y al mismo tiempo qué noble unción, qué modestia, qué fuerza! Yo apunté lo que había dicho hasta entonces. Me puse á escucharle de nuevo y continué así:

—No es menos cierto que los libros de Moisés son los mas antiguos de cuantos existen en el universo, y que han sido verdaderamente escritos por Moisés mismo. Estos libros eran ya conocidos en tiempo de Antiocho Epifanes, el mas implacable enemigo de la ley y de la nacion judaica, también lo era en tiempo de los primeros pontífices, pues la traducción de los Setenta los copió por todas partes.

También lo fueron las diez tribus de Israel cuando fueron trasportadas á Asiria; y fueron tan conocidos como referencias de los samaritanos, que los recibieron de las diez tribus separadas y que los conservaron tan religiosamente como los judíos. Todos confiesan igualmente haber recibido de Moisés estos libros divinos como una herencia preciosa, como un depósito sagrado.

Que se me explique cómo las diez tribus que se separaron de las dos que eran tan enemigas y zelosas de ellas, pudieron continuar respetando los mismos libros y viviendo bajo la misma ley, sino porque esta ley y estos libros existían antes de su separación y eran mas antiguos que ella; pues es claro que la enemistad que el cisma produjo entre ellas, no permitía que las unas tomasen nada de las otras después de su separación.

Por el contrario, las unas hubieran sido testigos de la innovación y consorcio de su sacrilega osadía, si las otras se hubieran atrevido á atribuir á su legislador alguna cosa que no fuera cierta. La uniformidad de libros y creencia entre dos pueblos tan enemigos y que con tan igual y rígido celo respetaban todo lo que pertenecía á la ley, prueba invenciblemente que aquellos libros, que son los mismos que tenemos hoy, existían antes de la separación de las tribus en la nacion entera.

¿Y cómo ó por qué esta nacion adoptó y recibió en

nombre de Moisés unos libros que no solo la obligaban á leyes y observancias extremadamente difíciles y penosas, sino que la trataban con el mayor desprecio? Nadie ignora que en ellos se habla de aquel pueblo con deshonra y ultraje, como infidel y rebelde, como ingrato y ciego, como impío é hipócrita, como que no hace lo que debe sino á fuerza de castigos, y que desde que se le deja de la mano vuelve á caer en sus infamias; en fin, nada se dice en ellos que no deba envilecerle y avergonzarle.

Y si á pesar de tantos improperios los adopta con respecto tan religioso que no hay en el mundo ejemplo igual, y si hoy todavía conserva con el mismo estos documentos de su deshonra é ingratitude, ¿por qué será sino porque se vio forzado á recibirlos por los innumerables prodigios que de orden de Dios hizo Moisés á su vista para acreditar su misión?

Tampoco es posible negar la autenticidad de estos libros sin negar la historia entera del pueblo judío y todos sus monumentos. Los escritos de los profetas, los salmos de David y los demas libros de la nacion, están fundados sobre los de Moisés, como un edificio sobre sus cimientos. Todos se refieren al Pentateuco como á un centro comun, todos son como las partes de un cuerpo indivisible que se sostiene en las unas y á las otras.

Las diferentes épocas de los judíos son de la misma naturaleza que sus libros. Todas se corresponden y están unidas con lazos indisolubles, todas presentan ó suponen una serie ordenada de hechos públicos, que á no ser verdaderos, no fuera posible imaginarios, y menos persuadirlos á una nacion entera. En los tiempos de los jueces, de los reyes, de los pontífices en fin, desde Moisés á Jesucristo la ley ha sido citada, recibida, respetada y grabada en todos los corazones como el único fundamento de la religion y de la política de aquel pueblo.

Fuera de estos libros, había en la nacion otros monumentos imposibles de alterar y mas propios á perpetuar la memoria de los grandes sucesos. Tales eran las fiestas, las ceremonias y todo lo que servía al culto público. Esta era una historia viva que hablaba á los ojos de la nacion. En ella leía continuamente los prodigios de su legislador, o la obediencia que debía á las leyes, cuya autoridad se sostenía con prodigios tan indubitables. El arca de la alianza y la urna llena de maná, eran un monumento auténtico é incontestable del alimento milagroso con que Dios los habia sostenido en el desierto.

La vara de Aaron conservada en el arca hacia ver que el soberano sacerdotado fué conferido á este pontífice y á su posteridad. Las tablas de la alianza demostraban el establecimiento de la ley. La fiesta de Pascua, que era la principal y mas augusta, recordaba la muerte de los primogénitos de Egipto, la libertad de los israelitas y el paso del mar Rojo. La de Pentecostés conservaba la memoria de la promulgación de la ley en el monte Siná. Estos son hechos de que nadie duda, pues que aun los judíos de hoy los observan.

Ahora os pregunto: ¿es posible imaginar que en medio de una grande nacion un impostor sin autoridad y sin milagros haya podido persuadir á sus contemporáneos, que han aprendido de sus padres sucesos de que sus padres no oyeron nunca hablar? ¿qué recibieron leyes desconocidas hasta entonces? ¿qué celebraban fiestas y cantaban en sus sal-

mos maravillas que sus antepasados no supieron nunca? ¿Qué monstruos de opiniones, dice Bossuet, necesita adoptar el que quiere escindir el yugo de la autoridad divina y no reglar su creencia y costumbres sino por su razon verdadera? Para poder dudar que el Pentateuco es de Moisés y si le tenemos tan entero como salió de sus manos, es preciso empezar por negar que los judíos hayan celebrado las ceremonias y los sacrificios que hoy mismo celebran, ó que nunca ha habido judíos; porque la existencia de esta nacion no está mas probada que la de su legislador Moisés y la de sus libros, fiestas, templos y altares.

Pero no nos detengamos en la legislación de Moisés, porque hay no quien se atreva á negarla; pasemos á examinar si estaba ó debía estar bien instruido de lo que escribía, y si ha sido fiel y verdadero en todo lo que ha escrito. No solo me será fácil probaros su instrucción y su veracidad, sino tambien que fué profeta; y que escribió inspirado por Dios.

En cuanto á su instrucción, es claro que no podía ignorar las tradiciones comunes y generales que ha consignado en sus libros y que sabian todos. Estas tradiciones eran recientes y casi de su tiempo. Sus primeros años coincidió con los últimos de Abraham, y el nacimiento de este concurrió con la muerte de Noé; que había vivido y tratado muchos siglos con Matusalén y Lamech, ambos contemporáneos de Adán. Las largas vidas de los patriarcas y el corto número de las generaciones acreaban mucho el origen del mundo al tiempo de Moisés.

Pero ni siquiera era posible que las ignorase; porque entonces todos los sucesos considerables eran públicos por los monumentos que se les conservaban. Abraham, Isaac, Jacob y los demás patriarcas habían erigido muchos para noticia de sus descendientes. Los éditos que se cantaban en las juntas y las fiestas, eran una lección continua que no dejaba olvidar los hechos memorables de su historia, su objeto era perpetuar la noticia y la gloria de las acciones heroicas y sublimes.

El mismo Moisés indica en sus libros muchos de estos éditos; pero se contenta con citar las primeras palabras, porque el pueblo sabia las otras. Tambien compuso dos nuevos en el primero describió el tránsito triunfante del mar Rojo y á los enemigos del pueblo de Dios anegados entre sus aguas; en el segundo cantó la gloria y la magnificencia del Señor, cuando al pueblo su ingratitude. Es, pues, evidente que estaba instruido de todos los hechos antiguos que refiere en el Génesis; y como en los otros no refiere sino su propia historia, no podía ignorar los prodigios de que no solo fué testigo, sino tambien el instrumento.

En cuanto á su verdad, confieso que para creer los hechos que refiere, es necesario tener muchas pruebas, y de tal fuerza y energía, que no sea posible resistir á su evidencia; porque cuanta sucesos tan extraordinarios, que parece no caben en la razon ni en la posibilidad, y si para dar fe á una historia ordinaria puede bastar la autoridad de un autor fidedigno, para creer la que es tan prodigiosa, sobre todo lo que debe servir de base á la religion, no basta de muchos.

La razon debe decir cuando oye la asombrosa historia de Moisés, que no la puede creer á menos que Dios con milagros continuos no la obligue á creer sus propias leyes por reverencia á la verdad divina; tiene derecho para decir

que si Moisés quiere ser creído, es menester que Dios le manifieste como su enviado y que autorice su misión con muchos milagros incontestablemente divinos.

Esto es precisamente lo que ha sucedido. Enviado Moisés á Egipto para liberar al pueblo de Israel de aquella esclavitud, ejerció un imperio absoluto sobre la naturaleza. Predijo que la resistencia del obstinado Faraon sería castigada, y de tal modo venciada, que este príncipe mismo llamo de terror sería el que daría mas prisa á los hijos de Israel para que abandonasen sus Estados, que en una misma noche el ángel exterminador daría muerte á todos los primogénitos del Egipto, desde el hijo del rey hasta el del esclavo; que solo las casas de aquellos israelitas cuyas puertas serían marcadas con la sangre del Cordero pascual, se salvarían de la cólera del cielo.

El suceso llena completamente la profecía, todo Egipto llora sus primogénitos, los hebreos son los únicos que no son comprendidos en este duelo universal: se les pide, se les ruega con porfía que reciban su libertad y que se rayen cuanto antes para que cesen tan terribles males.

Pero el arremetimiento sucede al terror. Faraon persigue á los israelitas, y estos se hallan entre la muerte que les presenta por delante un mar intransitable, ó la que les quiere dar por otra la numerosa caballería de Egipto que está ya cerca de alcanzarlos. Moisés levanta la mano, toca al mar, y este se abre de parte á parte, dejando el paso libre á los hijos de Israel. Los egipcios intrépidos se arrojan en su seno para perseguirlos, y cuando ya están salvos los israelitas á la orilla opuesta, Moisés ordena al mar y este le obedece: se cierra y se traga á los egipcios, á quienes los innumerables milagros precedentes solo habían servido para acabarlos de enterrar.

A los cincuenta días de su salida de Egipto y salva ya la nación tan á costa de milagros, llega al pié del monte Sinai: allí fué donde Dios por el órgano de Moisés les publica una ley con el aparato mas majestuoso; allí fué donde aquel santo legislador dió al pueblo las pruebas mas visibles de su comunicación íntima con el Señor. ¿Qué maravillas no hizo á vista de todo Israel!

Algunos atrevidos forman el sacrilego proyecto de suarse á su autoridad y usurpar el soberano sacerdocio. Los autores de la rebelion eran Coré, de la misma tribu de Moisés, y Datan y Abiron, jefes de la tribu de Ruben, hijo mayor de Jacob. El pueblo les favorecía y la sedición parecia general; todo amenaza una entera subversion.

Moisés quiere estarla, y acompañado de Aaron y otros ancianos, va á las tiendas de los sediciosos, y dice al pueblo que se había juntado: Alejos de los sacrilegios, no toqueis á nada suyo, para que no os alcance su castigo; presto veréis que es Dios al que os habla por mis labios, y que nada hago por mí mismo. Escuchad.

Si estos rebeldes merecen que los demás hombres, no es Dios el que me envía; pero si por un prodigio sin ejemplo la tierra se abre debajo de sus pies para tragalos vivos y tragare todo lo que es suyo, no dudareis que es Dios el que castiga su rebelion y sus blasfemias. Dijo, y al instante la tierra se abre y se los traga con sus tiendas y todo lo que les pertenecía. Los infelices se sumergen en los abismos eternos, y la multitud aterrada con los gritos y los alaridos que les oye, huye presurosa para que la tierra no los trague con ellos.

Si estos hechos y otros de la misma especie son ciertos, ¿quién podrá dudar que Moisés obraba en el nombre del Señor? Y si no son ciertos, ¿cómo ha sido posible que los crean mas de seiscientos mil personas que aquellos libros citan como testigos de vista? ¿Cómo estas mismas personas en otra presencia se asegura que pasaron, han instituido fiestas para celebrar y perpetuar su memoria? ¿Cómo todas ellas se negarían á una ley dura, incómoda y severa, que no tenían otro fundamento para probarles que era Dios, mas que la certidumbre de estos hechos?

¿Cómo el autor que los escribe se atreviera á publicarlos en tiempo en que los hebreos que cita podian desmentirle, y cuando todo el Egipto hubiera podido reírse de su falsedad? ¿Cómo las tribus de Levi y de Ruben consienten en su propio deshonor, sufriendo el que se atribuye á sus jefes y que se engraña á la posteridad, haciéndola creer tan falso delito y un castigo tan terrible como falso?

Y si no es verdad que por espacio de cuarenta años el eremite maná cubria todos los días el campo de los israelitas, si no es cierto que una columna de nube los cubria día por día para defenderlos de los ardores del sol y que la misma columna era luminosa de noche para alumbrarlos, ¿cómo se la podido persuadir este doble prodigio á tantos millares de testigos?

Considerad, señor, que esos hechos no son rípidos, no pasan como relámpagos, no son de aquellos que no permiten examinarse despacio y que pueden alcanzar á espíritus ligeros y amigos de novedad; estos han durado cuarenta años continuos, eran públicos y siempre regulares; tampoco es posible sospechar ilusiones ó artificios, porque son superiores al talento y al esfuerzo humano. Así, es evidente que pues Moisés lo escribió, eran ciertos, y que pues él mismo los predijo y ejecutó, era no solo profeta, sino que obraba inspirado por Dios.

En efecto, ¿qué otra luz que la divina le pudo descubrir cuanto nos refiere de la creacion del cielo y de la tierra? ¿quién le pudo instruir de tantos y tan grandes sucesos necesariamente anteriores á los mas antiguos monumentos que podian quedar entre los hombres? ¿Qué espíritu sino el de Dios le pudo trasportar al origen de las cosas y asociarle al privilegio de las espíritus celestes que asistieron al nacimiento del universo? Por eso empieza su historia como si fuera el Espíritu divino el que hablara, sin prefacio, sin exordio, sin exhortar á los hombres á que la oren y sin dudar que sería creída. No produce mas garantías que la luz que lo ilumina y la autoridad que se lo manda.

La historia de los siglos siguientes añade nuevos grados de certidumbre á los milagros de Moisés y á la inspiracion de sus libros. Despues de su muerte Josué fué encargado de acabar la empresa y conducir al pueblo. No solo le sucedió en su autoridad, sino tambien recibió el mismo poder de mandar á la naturaleza. Los Ebrós santos refieren los prodigios que hizo al paso del Jordán, los que ejecutó en Jerico cuando derribó sus murallas y se rindió á los israelitas, y otros muchos.

Estos prodigios estaban predichos y se verificaron á vista de toda la nacion, y para consagrar su memoria se erigieron monumentos á fin de que no los dudase la posteridad, como no los dudaban los testigos. Y este mismo Josué que hizo tantos milagros, hablaba de los de Moisés co-

mo de hechos ciertos y conocidos, y respetaba la ley que publicó como una ley divina.

Los profetas posteriores que vivieron despues de siglo en siglo, despues de haber probado su propia misión con hechos igualmente incontestables y milagrosos, tributaban á Moisés los mismos respetos que Josué. Malaquias, el último de todos, termina sus profecias, su ministerio y el cánon de las antiguas escrituras con estas palabras: "Acórdaros de la ley de Moisés mi servidor, á quien di mis órdenes en el monte Horech."

¿Quién, señor, es capaz no digo de destruir, pero aun de desquiciar una tradicion, una serie de hechos tan seguida, tan constante y tan respetada? ¿Quién puede romper una cadena tan eslabonada de testimonios divinos, que abrazan sin interrupcion todos los tiempos? Los monumentos sagrados que forman la historia emblemática de los judios, están unidos, enlazados entre sí y dependientes los unos de los otros. Los hechos mas extraordinarios que acreditan los primeros, están corroborados por los posteriores que los miran como indubitables. Los milagros modernos eran hechos por los profetas, que estaban persuadidos de los milagros antiguos. Todos estos hombres divinos tienen el mismo carácter, gozan de la misma autoridad y merecen la misma creencia que el primer legislador.

Así es preciso ó no creer nada, ó creerlo todo: no es posible hacer distinciones ni dar preferencias. Un profeta solo de los últimos tiempos que se reconozca verdadero, basta para autorizar á todos sus predecesores; y un solo milagro que haya hecho, acredita todos los otros, porque no lo ha podido hacer sino para probarlos.

De modo que para dudar de la divinidad de la Escritura no basta desacreditar algunos de los hechos ó atacar alguno de los milagros, sino que es menester tener razones particulares para combatir la verdad y certidumbre de todos y cada uno de ellos; pues uno solo que quede verdadero, basta para calzar por tierra todos los racionales y argumentos: este solo debe probar la verdad de los demas que corrima.

Además, es menester que estas razones sean bastante poderosas para que prevalezcan sobre la autoridad de una nacion que certifica lo que ha visto sobre la tradicion constante de muchos siglos, y sobre los monumentos mas decisivos en punto de certidumbre moral. Si el incrédulo no se espanta con estas consecuencias; si se obstina en negar milagros tan sostenidos y enlazados con el culto religioso, con los usos civiles, con la constitucion política del pueblo hebreo, si no lo detiene la reflexion de que es imposible dudar de su verdad sin dudar de la existencia del mismo pueblo que los vió, los ha creído y los cree, entonces hará ver que no se puede abandonar la fé sin perder la razon.

Las innumerables profecias del Testamento antiguo y su exacto cumplimiento, son otra prueba no menos decisiva de que viene de Dios, porque Dios criador de todas las cosas es el único que puede regularlas. Todo está sometido á su poder, tanto la materia y los cuerpos, como las voluntades y las inteligencias. El es el único que puede hacer que todo le obedezca y sirva á sus designios con una fuerza que supera todos los obstáculos. El solo puede conocer el porvenir, y el solo puede revelarlo á los que escoge para que sean sus órganos y sus enviados ó proto-

tas; porque el solo conoce lo que ha resultado de toda eternidad y lo que debia ser ejecutado en el tiempo.

En fin, es el único que puede desoír el velo que cubre sus impensables arcanos. Así cuando un hombre anuncia desde lejos lo que tendria en existéncio en Dios, y cuando el suceso verifica la prediccion, es evidente que Dios le ha comunicado su secreto y que lo ha abierto el libro en que están escritas sus divinas decretos.

Esto es claro, señor, y yo no acabaria si quisiera referiros todas las profecias del Testamento antiguo que se cumplieron con asombrosa exactitud. Solo os apuntaré algunas. En el reinado de Ezequias, Sennacherib, rey de Asiria, sitiaba á Jerusalem con un ejército formidable. La plaza estaba reducida á los términos mas estrechos, y todos creian que presto seria presa del vencedor; pero Isaias prometió con seguridad que Dios haría perecer el ejército de los asirios (1). Esta prediccion entonces muy inverosímil se cumplió á la letra.

El ángel del Señor quita la vida en una noche á ciento ochenta y cinco mil hombres. Sennacherib huye casi solo sin haber sacado de su empresa mas que vergüenza y desprecio, y al fin muere como Isaias lo habia predicho. Este prodigio fué tan público, que de todas partes vinieron los judios á dar gracias á Dios, ofreciendo sacrificios en Jerusalem, y á congratularse con el profeta de la proteccion divina.

El mismo Isaias predijo otra vez y en tiempo en que no habia la menor apariencia, las desgracias que amenazaban á Jerusalem y á la nacion entera. Predijo muchas veces y en los términos mas precisos la vuelta de la cautividad y la ruina de Babilonia. Lo que es mas, llamó por su nombre al que tendria en haber nacido y que debia ser conquistador de aquella ciudad soberbia y libertador de los judios.

"Yo soy, dice el Omnipotente (2) por la boca del profeta, yo soy el que lo hago todo, el que ejecuto los designios que he revelado á mis enviados, quien digo á Jerusalem: Tú serás reproducida; el que digo á las otras ciudades de Judá: Vosotras seréis restablecidas; el que digo á Ciro: Tú eres á quien confío mi rebaño, yo me serviré de ti para que ejecutes mi voluntad. Esto digo al que hago rey y tomo por la mano para sujetarlo las naciones; que ponga en fuga los reyes enemigos, abra las puertas de las villas queito todos los obstáculos. Yo iré delante de ti. Humillaré los grandes de la tierra, romperé las puertas de bronce y las barreras de hierro para que sepas que yo soy el Señor que te llamo desde ahora por tu nombre."

Despues añade: "Oigo la voz de los reyes confederados, de Ciro rey de los persas, y de Darío rey de los medos, de los pueblos que se juntan. Babilonia, tan magna en su fuerza y soberbia, será destruida como las villas impías. "No será habitada otra vez, jamas será restaurada. Sus ruinas no servirán mas que para guarida de bestias feroces y de serpientes. Exterminaré, dice el Señor, el nombre y las ruinas de Babilonia. Cubriré con un pantano el sitio que ahora ocupa, y buscaré con envidia sus huesos en sus venas vestigios para borrarlos."

Yo aquí una grande y asombrosa profecía, revelada á Isaias largos siglos antes del nacimiento de Ciro. Todas

(1) Isai., XXXVII.

(2) Isai., XLIV, 24 et XLV, I.

las circunstancias están individualizadas: el nombre de este príncipe, su carácter; sus ciudades, sus funciones, el progreso y rapidez de sus conquistas, el modo con que debía tomar á Babilonia, y hasta la protección que debía dar á los judíos sus cultivos, restituyéndoles la libertad; y toda esta profecía tan circunstanciada se cumplió literalmente en todos sus puntos.

Jeoquín reinaba después de tres años en Jerusalén. Nabucodonosor acababa de ser asociado por su padre al imperio de la Caldá, y Jeremías dirigiendo la palabra al pueblo de Judea le predice una ruina ineluctable. Profetiza que Dios ha resuelto darle un castigo visible; que él y los pueblos vecinos, nombradamente citados, serán sujetos al rey de Babilonia.

"Porque no habeis oído mis palabras, dice el Señor (1), "haré venir los pueblos del Aquilon. Los enviaré con mi siervo Nabucodonosor contra esta tierra, contra sus habitantes y contra las naciones que la rodean. Los "haré pasar al filo de la espada, haré que sean el terror "y la fábula de los demas del mundo, y haré de sus habitaciones una eterna soledad. Toda esta tierra se trasladará en un desierto horrible, y todas estas naciones "serán sujetas al rey de Babilonia."

Pero no se contenta el profeta con anular esta grande y general desolacion de una manera tan precisa, sino que tambien predice la vuelta de los judíos á su patria, y lo que es mas, el tiempo que debe durar su cautiverio (2): "Cuándo el tiempo que habeis pasado en Babilonia se acercará á setenta años, os visitaré y cumpliré la promesa de volveros á nuestro país. Pasado este término de setenta años, entonces visitaré en mi cólera al mismo rey de Babilonia y á su pueblo, y reduciré la tierra de los caldeos á una eterna soledad. He dado á Nabucodonosor mi siervo este país y los que están en sus cercanías. Todas estas naciones se sujetarán á él, á su hijo y su nieto, hasta que llegue el término de su reino."

Decídme, Señor, si el espíritu humano por mas hábil que fuese era capaz de prever que el terrible y soberbio Nabucodonosor dirigía sus armas contra Jerusalén; que el templo sería destruido, que los vasos sagrados serian trasportados y profanados, que la ciudad sería reducida á cenizas, que sus habitantes serian degollados ó hechos esclavos y conducidos á Babilonia, que los pueblos vecinos serian igualmente en las manos del vencedor, y sobre todo, que el imperio de Babilonia, y la posteridad de Nabucodonosor estaban tan cerca de su fin.

¿Quién podía prever, y menos asegurar futuros tan contingentes? ¿observar la infinita diferencia que hay entre las tímidas conjeturas de los hombres sobre los acontecimientos venideros, y la firmeza de las profecías, y ella manifiesta la certidumbre de la ciencia de Dios y la fuerza de su poder.

En efecto, estas predicciones eran tan altas y tan circunstanciadas, que los gentiles mismos que no las conocieron sino despues de su cumplimiento, se quedaron asombrados, y para eludir las consecuencias, se vieron en la necesidad de decir que se habian hecho posteriormente á los sucesos. Pero los judíos, que guardaban reli-

(1) Jerem. xxv, 9.

(2) Jerem. xxv, 9.

giosamente los libros que las contenian, desmintieron aquella calumnia, y con esta contradicción, unos y otros sin quererlo ni saberlo servian á la religion.

Los gentiles decian: las profecías son tan positivas y precisas, que si fueran anteriores, debian quitar toda duda. Los judíos decian: Isaias, Jeremías, Daniel y los demas publicaron de viva voz los oráculos, que despues recogieron ellos mismos en los libros que corren en su nombre; el respeto antiguo y constante de nuestros padres hacia estos desgraciados monumentos, no permite la menor sospecha de alteracion ó de infidelidad; es pues indudable que los llamamos una luz sobrenatural y que fueron embajadores de Dios para predicar estas verdades á los hombres.

Examinemos ahora estos libros en ellos mismos. La doctrina contenida en el viejo Testamento manifiesta que no puede venir sino de Dios. Transportos, señor, con la imaginacion al tiempo en que Moisés y los demas profetas instruan al pueblo de Israel, y al mismo paso echad una ojeada á todos los otros pueblos de la tierra; ¿qué es lo que veis en ellos, comprendiendo las naciones mas célebres y que mas se aventajaron en luces y conocimientos?

El culto supremo indignamente triburado á viles criaturas, el pudor prostituido hasta en los templos, la sangre humana inundando los altares, la razon natural degradada con opiniones tan sacrilegas como absurdas, la naturaleza y la humanidad ultrajadas con los excesos mas vergonzosos. ¿Qué era el pueblo en materias de religion? Ignorancia, estúpido y supersticioso. ¿Qué eran los filósofos? Igualmente ignorantes, pero mas culpados, porque eran mas orgullosos. En fin, toda la tierra estaba sumergida en espesas tinieblas y no se divisaba un rayo de luz en tan profunda oscuridad.

En medio de este diluvio general de vicios y de errores se levanta en un rincón del mundo un pueblo grosero, que de repente manifiesta las ideas mas altas y sublimes de la Divinidad; un pueblo, que sobre el origen del mundo, sobre la naturaleza del hombre, su destino futuro, la virtud, la recompensa que lo está prometida, y en fin, sobre la necesidad de un culto interior y espiritual, sabe lo que ignora la filosofía de los mas sabios y célebres gentiles.

¿Dónde puden aprender los hebreos estas altas y elevadas verdades? ¿quién les ha descubierto arcanos tan escondidos á los demas hombres á pesar de su utilidad y de su importancia? ¿cómo una nacion tan inferior á las demas en las artes, ciencias, pulso ser tan superior en los asuntos mas sublimes de religion? La causa de esta ventaja es conocida; todo lo debió á los libros de Moisés. ¿Pero quién sacó á Moisés de la estúpida ignorancia de que no puede salir ninguno de los legisladores profanos? ¿quién podía ser sino Dios, que se manifestó á este grande hombre y le hizo depositario, órgano y ministro de su revelacion?

En efecto, no solo es el primero que nos descubrió la naturaleza y perfeccion del Ser Supremo, la excelencia del hombre, la inocencia y la gloria de su primer estado, la obediencia y gratitud que debe á su Criador y el inflexible que tiene en serle fiel para ser feliz; sino que tambien nos instruye de que nuestro primer padre abusó de estos beneficios, que fué infractor de la ley divina, que fué proscrito, y que en esta proscricion quedó envuelta su posteridad, heredera de su corrupcion y de sus desgracias.

Sin la luz de la revelacion jamas hubieran podido cono-

cer los hombres que nacen culpados; pero ¿qué interés tienen en conocer esta verdad! ¿Cómo sin este conocimiento y en medio de tantas tinieblas y pasiones hubiéramos podido discernir ni los dones de Dios que hemos perdido, ni los que nos quedan! ¿cómo hubiéramos podido conciliar la grandeza y nobleza de nuestro corazon con las continuas ruindades y flaquezas que sentimos! ¿cómo hubiéramos podido explicar una elevacion que inspira tanta felicidad infinita y eterna y una hajeza que renuncia destinos tan altos por los mas viles objetos?

El hombre antes de saber la revolucion de su primer estado, es para si mismo un abismo profundo, un enigma incomprendible, un misterio impenetrable: cuanto mas se aplica á conocerse, tanto menos podia concebirse. Le parecia estar desterrado y no sabia la causa, se sentia castigado y no conocia su delito, deseaba restablecer el orden y la paz en sus sentidos y no alcanzaba la causa por qué no podia hacerse obedecer.

Pero todo lo alcanza, todo lo entiendo desde que se sabe que el estado en que se halla no es aquel en que el hombre salió de las manos de Dios, y que la degradacion de su ser es la pena de su desobediencia. Ya no le espanta que se vea en la miseria un vasallo rebelde y desgraciado; ya comprende de dónde le viene su elevacion y su hajeza, y aunque llora sobre sus propias ruinas y sobre sus estragos, no puede dejar de admirar los preciosos restos de su primer grandeza.

Es verdad, señor, que este es un grande y profundo misterio, y que el modo con que Adán pudo infestar á su posteridad es un secreto que no puede penetrar nuestra inteligencia. De esto hablaremos despues, y ahora no os lo propongo sino para haceros conocer, que aunque la razon humana no descubre la justicia con que sus descendientes pudieron ser culpados, antes de poder abusar de su libertad, debe á lo menos comprender que una verdad tan profunda, tan extraña, tan contraria á nuestras ideas, no ha podido salir de la imaginacion de ningún hombre; que solo puede venir de la revelacion, y que no hubiera hallado creencia en la tierra si no estuviera sostenida en la evidencia, que apoya ella misma por las pruebas mas evidentes, obliga á que creamos todo lo que nos dice.

Pero para que esta verdad nos pudiese ser útil, era menester que la acompañase otra: de nada nos serviría conocer la causa de nuestra desgracia si no conociéramos el remedio. Y esto es lo que hacen las santas Escrituras; pues como os he dicho, al mismo tiempo que nos muestran el abismo en que arrojó á sus hijos el primer prevaricador, nos anuncian al mediador ó redentor que debía reparar aquel daño; nos anuncian que Dios por una misericordia digna de su grandeza, quiere restablecernos en nuestra antigua gloria, y nos muestran de lejos al libertador que hará cesar la maldicion pronunciada contra la raza delincente.

Estas son las palabras que os cité al principio y que para consolar á Adán prometió Dios contra la serpiente, impidiendo al seductor su maldicion eterna. En su breve contexto se encierran grandes cosas. Predicem que de una mujer bendita entre todas nacerá un hijo que tendrá la naturaleza del primer hombre sin tener su corrupcion; que este hijo será el jefe y el padre de una nueva, santa y feliz posteridad; que no solo será justo, inocente y de una clase

separada de los pecadores, sino el autor de la inocencia y el principio ó raíz de la justicia, que romperá la cabeza de la serpiente, que arruinará su imperio y destruirá su poder por medios que no podrán comprender ni los hombres ni los mismos tentadores; porque no obtendrá la victoria con lo que en él parecia fuerte, sino con lo que parecia débil; esto es, con la carne, con sus ultrajes, con sus dolores y muerte; pues estos serán los instrumentos con que aplastará á la serpiente y con que quitará toda la fuerza á su malignidad.

Y ved aquí cómo la religion al tiempo que nos humilla nos consuela. Si nos hace conocer la miseria de nuestro origen, nos discurre un remedio poderoso: si nos aflige con la idea de nacer desagradables á los ojos de Dios, nos tranquiliza mostrándonos en los méritos de un redentor la esperanza de la reconciliacion y el principio de la penitencia.

¿Y qué prueba mayor de la inspiracion de la Escritura y de la verdad de la religion! Considerad, os repito, señor, si es posible que un hombre inventase una idea tan nueva y tan extraña como la del pecado original, que imaginase un redentor si aquel pecado no le hubiera hecho necesario; y qué impostor se hubiera atrevido á fundar una religion sobre una promesa tan superior á todas las ideas y á todos los esfuerzos del poder humano, si no lo asegurara la palabra de Dios!

Aquí es, señor. La promesa era suya; pero no debía cumplirse sino despues de muchos siglos. Era menester que el género humano conociese el exceso de su mala, la gravedad de sus daños, su corrupcion y sus tinieblas; era menester que una dilatada experiencia le enseñase que ni la naturaleza con sus costumbres, ni la ley con sus ceremonias, ni la filosofía con su orgullo podian libertar al hombre de la esclavitud del pecado y ponerle en las sendas de la justicia; era menester que una larga esperanza y una grande paciencia le hiciesen sentir todo el precio de su libertad.

Con estos altos y elevados designios Dios ordenó todos los sucesos de la tierra desde la caída de Adán hasta la venida del libertador. Veamos rápidamente lo que nos dice la Escritura de estas edades primitivas del mundo, y veremos como en un olvido especulo la omnipotencia del Señor en el gobierno de sus criaturas, su fidelidad en la ejecución de sus promesas y su independencia soberana en la distribucion de su justicia y de su misericordia.

Ya hemos visto que los descendientes de Adán, envilecidos y degradados por la desobediencia de su padre, apenas pudieron multiplicarse sin aumentar sus desórdenes y vicios; pero que en medio de esta depravacion universal vino Dios se había reservado algunos adoradores fieles. Tal fué Abel, cuyas ofrendas y sacrificios merecieron el favor del Señor, y que fué víctima de la envidia de Cain.

Dios dió despues á Adán un hijo nuevo llamado Seth, y su descendencia, heredera de su fe y de sus virtudes, formó un pueblo particular, que mereció que la Escritura le haya dado el augusto nombre de *Hijo de Dios*; pero despues llamándose la tierra de mas delitos y de mas delincentes, aun estos hijos de Dios se corrompieron, se aliaron con los hijos de los hombres, esto es, con las naciones que desde el principio se habian pervertido, y la pena de esta prevaricacion fué el olvido de Dios, de sus promesas y el de su Mesías ó redentor.

Este contagio iba á cundir por todo el universo; pero

Dios, siempre misericordioso, llama á Abraham y le destina para padre de un pueblo que conservase su culto y la memoria del libertador que ha prometido. Abraham, su hijo Isaac y su nieto Jacob eran pastores que vivían en tiendas y separados de las demás naciones; los tres fueron sucesivamente encargados de este depósito precioso. Sus descendientes cautivos y maltratados en Egipto no salen de aquella esclavitud sino por los grandes milagros de Moisés, y vagan cuarenta años en el desierto.

Allí reciben la ley, y con esta muchas señales, muchas figuras para perpetuar su fe y animar nuevamente sus deseos. La promesa que al principio fué general y que se había determinado á la tribu de Judá, se fija en la familia de Isai, y entre los hijos de este elige Dios á David, el último de todos, para que sea padre del deseado de las naciones. Desde aquel momento los profetas no parecen ocupados más que en su nacimiento, en sus misterios y su sacrificio, de modo que desde entonces el solo es el grande, el único objeto de la religión judaica. A él únicamente se refiere todo el gobierno del universo y toda la economía de la antigua alianza.

¿Quién sino Dios podía concebir designio tan magnífico? ¿qué otra mano podía dibujar el plan de tan grande diseño? ¿quién era capaz de unir tan estrechamente todas sus partes, de poner en ellas tanta armonía y unidad, de hacer que entren en ella todos los sucesos, de dar á cada una de las causas que concurren el grado de influencia necesario para el logro de todas, de arreglar las leyes de la naturaleza para que contribuyan al acierto de asociar todas las naciones, y de separar una para darle la parte principal y condicionar á este fin por espacio de cuarenta siglos?

El espíritu de Dios muestra á Jacob el destino futuro de sus hijos y le revela que el Mesías saldrá de la tribu de Judá. Jacob hablando con este le dice (1): "Judá, mis hermanos te alabarán; tu mano se sentará sobre el cuello de tus enemigos; los hijos de tu padre se postarán á tus pies; el cetro no saldrá de Judá, y habrá siempre conductores del pueblo nacidos de su cetrir; hasta que llegue el enviado que aguardan las naciones."

Observad que en esta profecía hay dos cosas igualmente ciertas. La una es que Jacob habla de aquel que había sido prometido á Abraham, á Isaac y á él mismo; de aquel que debía ser intérprete de las voluntades del Señor, fruto de sus promesas y causa de bendición por todos los pueblos; en fin, del Mesías, que es el único que podía ser caracterizado por aquellas señales, y en especial por el incommunicable y angustio nombre de deseado de las naciones.

La otra es que los judíos siempre han entendido así esta profecía, y así no se puede dudar que Judá fué escogido para ser el heredero de la promesa, que debía tener el primer lugar entre sus hermanos, y que su tribu debía gobernar hasta la venida del Mesías. La historia justifica completamente la predicción, pues después de la bendición de Jacob la tribu de Judá siempre conservó estas prerogativas.

Las diez tribus cismáticas se dispersan, se dividen, se separan, y son trasportadas para siempre de su patria. La de Judá jamás se divide, en el cautiverio mismo se mantiene unida y se conserva entera; y cuando llega el momen-

to que la Providencia había señalado para recobrar su libertad y que los profetas habían anunciado, vuelve á su antigua herencia con un cuerpo formado y conducido por Zorababel, y vuelve mas dominante, mas obediente y mas ilustre que nunca.

De ella salen los magistrados, los senadores, y da ella misma su nombre á toda la nación. Alejandro destruye la vasta monarquía de los persas que habían destruido el imperio de Babilonia. Los romanos conquistan los reinos que se formaron con los restos de la monarquía de los griegos, y solo la república judía se mantiene firme y no titubea en medio de tan espantosas convulsiones.

Pero al fin llega su hora, y Dios que hasta entonces había velado por su conservación, quiere ya su extermio. Tito se acerca á la frente de las águilas romanas, combate á Jerusalem y la toma. Judá pierde su templo, sus ciudades, su libertad, y hasta la posibilidad de formar ya un cuerpo visible. Queda tan dispersa, tan desmembrada como quedaron las diez tribus, y tampoco tiene ya su autoridad.

El profeta había predicho todas estas desgracias, y los judíos las padecen todavía; pero también había dicho que estas desgracias no acontecerían sino en los tiempos en que debía llegar el Mesías. Así, es menester que ocurra para no conocer que pues ha ya mas de mil y setecientos años que Jerusalem fué destruída, y que la tribu de Judá está dispersa, sin templo ni autoridad ni goce, ha otro tanto que nos ha venido el Mesías; y comparando la historia con las profecías, considerando de dónde ha venido á las naciones el conocimiento del verdadero Dios, y los demás efectos de la bendición, prometida, es tan evidente que Jesucristo es el Mesías como es evidente que el Mesías vino antes de la destrucción de Jerusalem y antes de la dispersión de la tribu de Judá.

La célebre profecía de Daniel no es menos clara ni menos precisa. El santo profeta suspiraba porque llegase el término de setenta años que debía ser el del cautiverio de su pueblo y el recobro de su libertad; pero Dios le revela que en otro cierto número de años dará á aquel pueblo otra libertad incomparablemente mas preciosa.

"Yo estaba en oración, dice Daniel, cuando el ángel Gabriel me habló de esta manera (1): El tiempo y setenta semanas es el que se ha fijado á tu templo y á tu ciudad santa para que cese la prevaricación, y se acabe el pecado, se expie la iniquidad, para que la santa justicia se suceda, que la rebelion y la profecía se cumplan, y que sea ungido el Santo de los santos. Sabo pues y comprendo bien, que desde el día que se dará la orden de reedificar á Jerusalem hasta el tiempo en que parecerá el rey, que es Jesucristo, pasarán siete semanas y setenta y dos semanas." Todos saben que en el estilo de la Escritura las semanas no son de dias, sino de años, como son las de Ezequiel, y como mucho tiempo antes las había nombrado Moisés en el Levítico.

El profeta continúa: "Las plazas de Jerusalem y sus murallas serán pues fabricadas de nuevo, y después de las sesenta y dos semanas el Cristo, será entregado á la muerte, sin que nadie se declare por él. El pueblo, que tendrá por goce al principio que debe venir, destruirá la ciudad y el

santuario. Su fin se parecerá al de las cosas que se surgen, y la guerra no se acabará sino por una entera desolacion, cuyo tiempo está fijado. El Cristo hará una firme alianza con muchos en su semana. En medio de esta semana hará cesar el sacrificio y la oblation, se verá al rededor de la ciudad las abominaciones y la desolacion, y hasta la ruina total que ya está resuelta se añadirá desolacion á desolacion."

No es dudosa profecía mas clara y luminosa del Mesías. En ella está llamado por su nombre y distinguido con sus títulos mas augustos: el solo es rey y el Cristo por excelencia, el santo de los santos y la santidad misma, el autor y principio de la justicia; él solo es la verdad, el tipo de todas las figuras y el cumplimiento de cuanto ha sido revelado á los profetas; él solo puede ser autor y pontífice de una nueva alianza, hacer cesar los antiguos sacrificios como insuficientes y estériles, y sustituirles un sacrificio único, una historia eterna de infinito precio.

El profeta también anuncia que este mismo Cristo que debe hacer cosas tan relevantes, será entregado á la muerte, y que el pueblo que le desconocerá dejará de ser su pueblo. Así, para que la profecía se verifique es menester que el Mesías sea condenado por el consejo de una nación, y que por una ceguera general Israel su pueblo le desconozca, es menester que su reino sea sin pompa, sin la decoracion exterior que de ordinario distingue á los reyes de la tierra.

El profeta añade: que el Mesías viene á reconciliar con Dios á los hombres y que estos le condenarán á la muerte. Es pues consiguiente que en los designios de Dios su muerte sea el medio de expiar los pecados y de producir esta reconciliacion. ¿Cómo, pues, con tanta luz han podido desconocer á Jesucristo los mismos que cumplieron esta profecía, los mismos á quienes su propio delito le hacía tan visible?

Los hechos son tan evidentes y constantes, que llegan hasta nosotros, y hoy subsisten los monumentos que prueban su verdad. Por ejemplo, Jerusalem fué ciertamente destruída por los romanos mandados por Tito, el templo fué arruinado hasta sus cimientos y convertido en cenizas.

Solo estos hechos, estos espectáculos terribles pasados ya cerca de diez y ocho siglos, cuyas ruinas existen todavía son una demostracion invencible de que ya vino el Cristo, pues la ruina del templo y de Jerusalem debía ser en castigo de la muerte del Mesías, y hace tanto tiempo que estan uno y otro aturdidos.

Ni es menos visible que Jesucristo condenado por el sonajo de la nacion y crucificado, era el Mesías que anunciaron los profetas, y aquel que hablaba Daniel en esta profecía; pues es indispensible que poco tiempo después de su muerte el ejército romano destruyó á Jerusalem y quemó sumplo, y que el mismo Daniel había profetizado esta terrible y subsistente desolacion, como justo castigo de la incredulidad de los judíos. Ve aquí sus palabras.

Después de la muerte del Mesías y en castigo de tan enorme atentado, un pueblo conducido por su principe destruirá la ciudad y el santuario, y esta desolacion se parecerá á las cosas que se surgen: esta es la profecía; y la historia unánime refiere: Que después de la muerte de Jesucristo los romanos conducidos por Tito arruinaron á Jerusalem y quemaron su templo, que hicieron perecer

por la espada ó la hambre la mayor parte de sus habitantes, que la venganza del cielo persiguió á esta infeliz nacion, y que sus restos restos fueron trasportados á los confines de la tierra.

De modo, que todos los profetas habían predicho y todos los judíos habían creído, que el Mesías debía venir antes de la ruina de Jerusalem, antes de la destrucción del templo, antes que se acabaran los sacrificios y el culto público. Esto es evidente, y tambien lo es que ya cerca de mil y ochocientos años que Jerusalem fué arruinada, que el templo fué destruído, que los sacrificios cesaron, que el culto público fué interrumpido y que la posteridad de Jacob sufre la maldición del cielo, pues no hay mas que abrir los ojos para ver su dispersion, sus calamidades y la verificación de las amenazas que se le hicieron. Todas son pues pruebas públicas, monumentos subsistentes de que Jesu era el Mesías y de que fué desolacion y condenado por su pueblo.

Parece que no cabe profecía mas clara que la de Daniel; pues todavía lo es mas la de Ageo. Despues que los judíos volvieron de su cautiverio, se les dió libertad para reedificar el templo, y empezaron á fundar los cimientos. Los que en su primera edad habían visto el primero, viendo lo lejos que estaba de su magnificencia, se augustian y añagien; pero el profeta Ageo, á quien Dios revela lo que ha de suceder, publica la gloria del nuevo, preferiéndole sin comparacion al antiguo.

"Valor, les dice (1), valor, Zorababel; tú tambien, gran sacerdote, y todo el pueblo, valor. No temáis; porque "ve aquí lo que dice el Señor Dios de los ejércitos: "breve comoveré el cielo, la tierra y el mar. Agitaré "todas las naciones, y el deseado de los pueblos vendrá; "llenaré de gloria este segundo templo, dice el Señor; "míos sea todo el oro y la plata. La gloria de este segundo "templo sobrepasará la del primero, y en él daré la paz."

Es claro que para que esta profecía se verificase, era indispensable que se cumpliese antes que el segundo templo fuese quemado por los romanos. Es claro tambien que este templo ya no existe, y que muchos siglos ha que están borrados hasta sus menores vestigios: es, pues, indispensible, que la profecía está cumplida. ¿Y cómo ha podido cumplirse? ¿cómo ha sido posible que la gloria de este segundo templo sobrepasase la del primero?

Nadie ignora que esta había aprado las riquezas de David y de Salomon, que el mismo Dios había dado el plan, y que se ejecutó con grandeza y magnificencia, y que el fuego del cielo consumió las primeras victimas que se ofrecieron sobre el altar. Todo esto es mucha gloria; y si el segundo templo no la ha sido glorificada con la presencia del Mesías, ¿cómo ha podido sobrepasarla? Si la verdad en persona no vino á manifestarse en él á los hombres y dar fin á las figuras, ¿en qué puede serle comparado?

Por otra parte, ¿quién es el deseado de las naciones? ¿quién sino el Mesías puede remediar sus necesidades y satisfacer sus esperanzas? Despues de todo, Ageo dice positivamente que vendrá el templo que fabrica Zorababel, y que esto es lo que dará tanta gloria. Si la profecía es cierta, es indispensable que haya venido, pues el templo ya está aniquilado. Ahora pregunto: si ha venido, ¿quién

(1) *Gener* : LIX, S. 9, 10.

(1) *Dan*. XI, 21.

(1) *Ageo*, xx, 25.

puede ser sino Jesucristo, que estuvo en él, y después de cuya muerte fue inmediatamente destruido?

La conversión de los gentiles es otra prueba palpable y subsistente, tanto de la venida del Mesías, como de que Jesucristo es el mismo Mesías. Escuchad esto, señor. Nada ha sido profetizado tantas veces ni con tanta claridad como esta conversión futura y la vocación de los gentiles al conocimiento de la verdad. Toda la escritura parece compada en prepararnos a este grande acontecimiento, y era sin duda uno de los mayores prodigios que podía hacer el Omnipotente, el mas capaz de manifestar su bondad y el mas digno de su poder, haciendo ver que todos los corazones están en su mano, que los muda cuando quiere, que dirige sus movimientos, y que ejerce sobre ellos un imperio soberano.

Pero este prodigio estaba reservado al Mesías. El privilegio de su nacimiento, el efecto de su palabra y el fruto de su misión debían ser el disparar con el esplendor de su luz las tinieblas que cubrían el universo, y hacer de los judíos y gentiles un pueblo y una Iglesia. Por eso el Señor dirigiéndole la palabra, le dice (1):

“Yo te he establecido para ser mediador de la alianza del pueblo y la luz de las naciones, para que abras los ojos de los ciegos, para que des libertad á los que están atados con cadenas, y que saques de prisión á los que yacían en tinieblas. . . . y no me basta que restablezcas las tribus de Judá y me conduzcas los que me he reservado en Israel. Yo te envío también para ser la luz de las naciones, pues por tí salvaré todos los pueblos hasta de los confines de la tierra.”

Es imposible explicarse mas claramente. El Mesías debe iluminar la tierra, enseñar á los pueblos la justicia, liberarlos de las tinieblas y del cautiverio á que se reducen los había reducidos así, para saber si el Mesías ha venido ó no, no es menester otra cosa que echar los ojos sobre una gran parte de esta tierra que antes estaba sumergida en la idolatría mas grosera. Y pues muchas de las naciones antes mas entorpecidas, no adoran ya mas que al Dios verdadero, y otras de las que pasaban por las mas cultas como los griegos, romanos, egipcios y caldeos, han abandonado sus ídolos después de tanto tiempo, es claro que el oráculo se ha cumplido y que la conversión de los gentiles, que solo se prometió al Mesías, es á un mismo tiempo fruto y prueba de su venida.

Las profecías que aseguraban que después de la venida del Mesías el templo de Jerusalem sería destruido y jamas se volvería á reedificar, eran tan claras y estaban tan extendidas, que nadie las ignoraba. Por eso los enemigos de los cristianos, después de la muerte de Jesus y de la destrucción del templo, intentaron muchas veces reedificarlo, persuadidos que si lo lograban, esta hecho solo demostraba que Jesucristo no era el Mesías. Pero ninguno le emprendió con tanto esfuerzo ni con intención tan maligna como el apóstata Juliano.

Este emperador había declarado una guerra abierta al Salvador, y mas astuto y encarnizado que ninguno, se imaginó que era bastante poderoso para desmentir las profecías ó para hacer ver que no se podían aplicar á Jesucristo si lograban reedificar otra vez el templo. Pensó que nadie se lo podía estorbar, pues dueño del imperio no había quien pudiese oponerse á su designio.

Con este deseo y para multiplicar las medias, excitó á los judíos á que reedificaran el templo, prometiéndoles acudir con todas las fuerzas y los tesoros del imperio. Los ju-

(1); vendrán y verán mi gloria. Escogeré entre los hombres que se hayan escapado de la incredulidad general, algunos que marcaré con una señal particular, y los enviaré á las naciones que están mas allá del mar en Africa, en Lidia, en Italia, en Grecia, en las islas mas lejanas; los enviaré á los que nunca oyeron hablar de mí ni han podido ver mi gloria. Estos enviados la harán conocer á esas naciones, y sacarán de en medio de ellas á los que serán vuestros hermanos, ofreciéndose á Dios como una oblation santa; y yo haré de ellos sacerdotes y levitas.”

Es claro, pues, por estas profecías, que el Mesías no debía hacer estas maravillas por sí mismo, sino por sus enviados, y habiéndolas hecho Jesucristo por sus apóstoles, no se puede concebir la ceguedad de los que no quieren reconocer la conformidad de los hechos con los oráculos divinos.

Pero aun hay mas. Porque ha cerca de mil y ochocientos años que Dios ha dispuesto que no se ejerce públicamente la ley de Moisés, solo para hacer ver que el Mesías que era su único objeto, ya ha venido y la ha terminado. Los profetas también habían predicho que el Mesías aboliría la ley y la sustituiría una alianza mas perfecta, un sacerdocio diferente, un sacrificio nuevo.

Si estas profecías no están cumplidas, que nos diga el judío, ¿en dónde sacrifican? ¿cómo no ve que desde que Dios arruinó la ciudad que era el único centro de su religión, desde que destruyó el templo en que solamente quería recibir aquellos sacrificios, que desde que dispersó aquel pueblo depositario de aquel culto y desde que le destruyó para siempre de aquella religión, puso obstáculos insuperables al ejercicio de esta ley?

¿Cómo no ve que Dios lejos de aprobar ahora y proteger aquel culto, le hace impracticable, y que el sacerdocio de Aaron y la sangre de los animales han cesado su lugar á otro sacerdocio mas excelente y á otra víctima mas pura? que la Eucaristía es hoy el sacrificio único pero universal de todas las naciones, que los templos que santifican se han levantado en todo el universo, y que son una prueba visible de que el nombre de Dios es ya grande y terrible en todos los confines de la tierra?

Este emperador había declarado una guerra abierta al Salvador, y mas astuto y encarnizado que ninguno, se imaginó que era bastante poderoso para desmentir las profecías ó para hacer ver que no se podían aplicar á Jesucristo si lograban reedificar otra vez el templo. Pensó que nadie se lo podía estorbar, pues dueño del imperio no había quien pudiese oponerse á su designio.

Con este deseo y para multiplicar las medias, excitó á los judíos á que reedificaran el templo, prometiéndoles acudir con todas las fuerzas y los tesoros del imperio. Los ju-

(1) *Isoi*, LXVI, 18, 413.

dios alentados con tan alta protección, vienen de todas partes, no escusan gastos ni preparativos, y empiezan por arrancar los cimientos antiguos para reedificarlo sobre otros nuevos. Con esto anaban de verificar el oráculo de Jesucristo que había dicho no quedria piedra sobre piedra.

Pero Dios, que se había querido servir hasta allí de los judíos para verificar sus profecías, no les permite pasar mas adelante. Apenas empiezan á poner las primeras piedras, cuando la tierra indignada las arroja de su seno, un fuego cuya actividad parecia dirigida por la divina mano devora los trabajadores, los instrumentos y los materiales; su violencia es tan terrible y tan perseverante, que al fin triunfa de la obstinación de los judíos y del maligno empeño del emperador. Este milagroso suceso fué tan público y notorio, que no solo le refieren los historiadores cristianos, sino tambien los gentiles, y entre otros Amniano Marcellino. El hecho es que hasta ahora no se ha reedificado. El estado tambien en que hoy vemos á los judíos después de tantos siglos, es prueba no menos clara de que las profecías se han cumplido. Y si no, que se explique ¿por qué un pueblo tan antiguo y tan favorecido de Dios hasta obtener el nombre de hijo mayor, por qué un pueblo unido con él por la mas estrecha alianza y tan lleno de bienes y gloria, perdió de repente todos sus privilegios? ¿por qué quedó exheredado, despojado, despreciado, y lo que es mas, por qué todos han creído que era digno de serlo?

El profeta Oseas, que no se contentó con predicar sus desgracias, sino que le explicó los motivos, responde (1): Es por haber desconocido al Cristo, por no haberse querido someter á su rey, al verdadero David; sin embargo, añade el profeta, ellos le buscarán un día, adorarán las humillaciones que han despreciado, se postrarán á los pies de su Cruz, y temblarán en su presencia como en el de la majestad de su Padre.

De modo que es imposible decidir si debe admirarnos mas la profunda sabiduría de Dios en los designios de justicia ó de misericordia que ejercita á nuestra vista sucesivamente con su pueblo, ó la luz de los profetas que vieron antes de los sucesos con tantas circunstancias tan difíciles de prever y tan inverosímiles.

Pero debe asombrar mas que entre tantos medios como Dios tenia para castigar esta nación, haya escogido el de dispersarla por la tierra. Esto parece contener un alto designio y que entraba en el plan general de su providencia. Porque queriendo establecer la verdad de la religion sobre fundamentos indestructibles y siempre subsistentes, era menester que los judíos profesen la verdad en un cuerpo dispersión y oscuridad que si lo lograban, esta hecho solo demostraba que Jesucristo no era el Mesías. Pero ninguno le emprendió con tanto esfuerzo ni con intención tan maligna como el apóstata Juliano.

Este emperador había declarado una guerra abierta al Salvador, y mas astuto y encarnizado que ninguno, se imaginó que era bastante poderoso para desmentir las profecías ó para hacer ver que no se podían aplicar á Jesucristo si lograban reedificar otra vez el templo. Pensó que nadie se lo podía estorbar, pues dueño del imperio no había quien pudiese oponerse á su designio.

Con este deseo y para multiplicar las medias, excitó á los judíos á que reedificaran el templo, prometiéndoles acudir con todas las fuerzas y los tesoros del imperio. Los ju-

Pero desde que todo esto se cumplió, ya era conveniente

(1) *Ose*, III, 4, 5.

que se dispersasen los judíos por toda la tierra para llevar á todas partes estos libros, para que en todas mostrasen el respeto y veneración con que los miran, y para que es gentiles recibidos de manos tan poco sospechosas, hallasen en ellos las pruebas incontestables de que el Mesías que les anunciaban los cristianos, era el mismo de quien habían profetizado aquellos libros. De esta manera, el cristianismo hallaba en todas partes testigos, y testigos sin tacha, presentados por sus mayores enemigos, que ya á pesar comprobaban las profecías y mostraban en el espectáculo de su castigo profetizado otra nueva prueba de su cumplimiento. Así servían de muchos modos á la demostración del Evangelio.

Su conservación no era menos necesaria á los designios de Dios, y acaso era mas propia á manifestar su poder. Porque ¿dónde están ahora tantos pueblos que fueron en otros tiempos tan famosos? ¿Qué se han hecho esas vastas y opulentas monarquías de los asirios, caldeos, persas y medos? Dios se sirvió de ellas para la ejecución de sus designios; pero desde que estos terminaron, se desaparecieron de la tierra. ¿Quién puede distinguir hoy los antiguos romanos de los bárbaros que inundaron la Italia? ¿Los originarios españoles de los godos que los conquistaron? ¿Quién del Oriente al Poniente podría asegurar que una sola familia es *indígena* ó nativa del país?

Así es que el tiempo se ha tragado todas las generaciones, todos los imperios, que todo ha mudado de aspecto, todo se ha mezclado y confundido, sin que las riquezas ni el poder ni las armas hayan podido preservar á las naciones menos poderosas, y solo el pobre y el pequeño pueblo judío se ha preservado de una subversión tan general. Los judíos de hoy son lo mismo que eran. Ellos conocen todavía y distinguen su ascendencia, saben hasta Abraham y descienden sin interrupción de los patriarcas. Todas sus desgracias y calamidades no solo no han podido romper, pero ni siquiera han escondido esta cadena que los une entre sí y que los tiene siempre separados de los otros pueblos que en viven y que los miran con desprecio y asno.

Es imposible padecer mayores miserias, desprecio mas general, experimentar mas odio y vejaciones que las que sufren de las naciones que los juzgan, y á pesar de tantos obstáculos humanos subsisten todavía. Parecen pequeños arroyuelos que atraviesan el anchuroso y profundo mar de las naciones, sin haber interrumpido su curso en tantos siglos ni mezclado sus aguas con las del dilúvio que las recibe.

¿Pero cómo un pueblo tan corto y que ya no consiste sino en familias particulares, ha podido conservarse intacto sin tener ninguno de los medios que tenían, y con que no se han podido salvar tantas naciones poderosas? ¿cómo no estando él incorporado en ellas sino como un agregado insignificante que se sufre con pena, ha podido resistir á los embates que les han destruido? ¿y cómo, en fin, ha salido de los ruinas de todas para asombrar al universo?

Es menester querer cegarse para no ver en este estado no natural de los judíos una mano invisible y poderosa que los muestra á la tierra en señal de su ólera, que á pesar de ella los sostiene contra el odio público sin hacerle cesar, para que sean monumento vivo del cumplimiento de las profecías; y que en fin, los conserva para la instrucción y el ejemplo de todas las naciones, sin que ellos se aprovechen de la protección de Dios y su paciencia.

Este prodigio parece mayor cuando se considera que fué profetizado. Dos oráculos sagrados han dicho muchas veces que Israel subsistiría siempre en medio de sus castigos y miserias hasta que Dios en el tiempo que tiene señalado su misericordia, les llame á la fe y á la adoración de Jesucristo; y esto sirve para entender la conducta de Dios y su profunda sabiduría. Los juicios castigados, dispersos y conservados por un milagro continuo, dan testimonio á Jesucristo, y cuando se convirtieran á nuestra fe, lo darán todavía mayor. Aquel será voluntario; esto es á pesar suyo.

Si no fueran mas que castigados, no probarían mas que la justicia de Dios; si no fueran mas que conservados, solo probarían su poder; pero estando reservados para adorar un día á Jesucristo, también prueban su misericordia. Así, la reunión de estas circunstancias lo prueba todo. Su dispersión prueba que Jesucristo vino y que ellos lo crucificaron; su conversión, que aun no están abandonados y que un día crearán en él.

Su corazón parece ahora inflexible; pero la misericordia divina les ha prometido un día de favor, y tiene reservado un término á su incredulidad, como le había reservado á la ingratitude de los gentiles. Nadie puede saber el tiempo en que ejecutará esta promesa que hizo á la última posteridad de Israel; pero como esta época debe ser la de una

grande renovación en la Iglesia, ó como dice el apóstol, de una grande resurrección, los cristianos debemos esperar este momento con firmeza y aguardarle con nuestros gemidos y oraciones.

Estando aquí calló un poco el padre, y luego me dijo: Me parece, señor, que basta por hoy. No quisiera fatigar vuestra atención ni abusar de vuestra paciencia. Si tenéis la bondad de sufrirme, mañana continuaremos, y con esto so fué. Yo estaba tan atolondrado y tan fuera de mí, que apenas pude con los labios balbucientes darle gracias. ¡Ay, Teodoro, qué hombre! ¡Como en aquel momento todos los filósofos me parecían pequeños; cómo sus libros me parecían frívolos y sus argumentos ridículos! ¡qué pequeño me parecí yo mismo á mis propios ojos!

¿Cuánto había que saber que yo ignoraba! Cada día veía cosas nuevas de que no tenía la menor idea, y con todo yo me creía muy instruido. Yo veía con desprecio á todos los que llamaba fanáticos y que tenía por débiles y por ignorantes. Te aseguro que estaba interiormente corrido, que sentía en mí una especie de indignación contra los hombres y los libros que me habían embarazado aprender lo que ahora desechaba y que me parecía mil veces mas sólido.

Pero lo dejo ahora para continuarle en mi primera lección que me dijo el otro día. Adios, Teodoro.

CARTA XII.

EL FILOSOFO A TEODORO.

Ya te dije en mi última, querido Teodoro, la impresión que me hizo el discurso del padre, y apenas pude sosegar el tumulto de mis ideas cuando procuré refrescarle, coordinando todas sus especies en mi memoria. Me pareció que para instruirme bien y poder entrecer este plan tan concertado y armonioso de que me hablaba el padre, sería bueno hacer un resumen para mi uso, que apuntando cada especie despertara mi memoria. Con este fin di mas extensión á mis notas, y te envío una copia por si quisieras hacer uso.

El padre me ha dicho que la religión empieza con el mundo, que Dios criando á Adán, que fué el primer hombre, le hizo conocer á su Criador y le impuso leyes que el hombre ingrato y débil las violó; que Dios en castigo le despojó de una parte de sus dotes; que esta pena se extendió á su posteridad, que heredó su flaqueza y miserias; pero que Dios que en medio de sus tras nunca se olvida de sus misericordias, prometió á Adán un Mesías, un reparador, un redentor, y que este redentor debía ser el objeto, el autor y consumador de la religión.

Que los hijos de Adán y sus descendientes se multiplicaron con el tiempo, de manera que les fué preciso separarse primero en pueblos y despues en naciones, que pocos conservaron para la luz de la ley natural, que el mayor número fue y débil por su naturaleza degradada, se entregó á los placeres de los sentidos; y á la depravación de sus gustos; que como por una parte los hombres y sus vicios se multiplicaban y por otra se alejaba el tiempo y la noticia

del castigo de Adán, se fué poco á poco debilitando la memoria de las promesas, que entonces la razon humana, cada día mas degradada, mas entorpecida y mas entregada á sus pasiones, llegó á olvidar casi por entero la memoria de estos hechos primitivos y hasta la de una promesa tan alta como era la de un Redentor; que habiendo perdido de vista las ideas religiosas y el verdadero culto de Dios, apenas era ya capaz mas que de errores, como lo acreditó la experiencia de dos mil años en que abandonada á sí misma, no supo inventar otra cosa que idolatrías groscas y vicios aliciosos.

Que para restablecerla en su dignidad y derechos perdidos, fué conveniente darla nuevas luces con otra revelación que la enseñase el culto que Dios exige de los hombres y la renovase la esperanza de su reparación; que Dios se dignó de hacerle; y que para preparar los caminos escogió la familia del fiel Abraham, á quien mandó se separase de las naciones corrompidas, y le renovó esta promesa añadiéndole que lo daría una numerosa posteridad, que ocuparía la tierra que le había destinado y que de ella nacería el Mesías ó el Redentor.

Que el mismo Dios repitió á su hijo Isaac las mismas promesas y despues á su nieto Jacob, hijo de Isaac, particularizando á éste que el Redentor nacería de la rama de Judá, explicándole el tiempo y las preeminencias que por esta causa obtendría esta tribu sobre todas las demas.

Que los doce hijos de Jacob se multiplicaron tanto, que cada familia pudo hacer una tribu diferente, y que Dios es-

cuyó este pueblo, que quiso hacer mas particularmente suyo, para comunicarle la revelación, imponerle su ley y constituirle instrumento y depositario de sus promesas.

Que esta historia que contiene hechos tan extraordinarios, pareciera una fábula si Dios no se hubiera dignado de apoyarla con pruebas tan evidentes, con documentos tan irrefragables y con monumentos tan visibles, que por poco que se detenga uno á contemplarlos, no es posible resistir á la fuerza de su demostración.

Porque estos descendientes de Jacob que componían las doce tribus de Israel, llegaron en breve á multiplicarse tanto, que su número pasaba ya de seiscientos mil combatientes y que á pesar de su multitud vivían infelices y esclavos en Egipto, sirviendo por aquella nación que los avasallaba; pero que habiendo llegado el tiempo en que Dios quiso librarlos de aquella esclavitud y enviarlos á la tierra que había prometido á sus padres para empezar á cumplir sus promesas, le sucedió un caudillo, un capitán ó un conductor.

Que este conductor fué Moisés, uno de ellos, á quien Dios habió y ordenó que sacase á los hebreos de Egipto y los condujese á la tierra de Canan, que les promulgase la ley que le dió para que todos la obedeciesen, y que al mismo tiempo escribiese la historia que queda referida desde la creación del mundo hasta entonces, para que se conservase la memoria y jamás olvidasen los hebreos lo que debían á su Dios.

Que al mismo tiempo le mandó continuase escribiendo todo lo que sucediera en adelante; que Moisés por esta orden de Dios y con su inspiración escribió los libros que tenemos con su nombre; que en los primeros refiere todo lo que ya dicho, y pasó desde la creación al punto en que recibió la orden y en los otros lo que le sucedió á él y el mismo hizo, tanto para sacar del Egipto á los hebreos á pesar de los egipcios, como para promulgarles la ley de Dios y conducirlos por el desierto.

Que así Moisés no solo sabía todo lo que escribió, no solo fué véraz, sino profeta inspirado por Dios.

Que los libros que hoy tenemos son auténticos y han llegado á nosotros sin haber sufrido jamas alteración.

Que su autenticidad se prueba:

Por la manera con que hablan del pueblo hebreo.

Por la correlacion esencial que tienen unos con otros.

Por los indubitables milagros que los autorizan.

Por las profecías que contienen y los sucesos que las verifican.

Por la doctrina que incluyen.

Por la revelación del pecado de Adán y la maldición de su posteridad.

En fin, por la promesa de un libertador ó del Mesías.

Porque este Mesías vino al fin y fué Jesucristo.

Lo que prueban todas las profecías, especialmente las de Jacob, Daniel y Ageo.

La conversión de los gentiles.

La imposibilidad de observar despues de mucho tiempo la ley de Moisés.

El estado actual de los judíos, su dispersión y conservación á pesar de todos los obstáculos humanos.

En fin, que cada una de estas cosas y todas juntas demuestran que Moisés fué suscitado por Dios, que obró por orden de Dios y que probó su misión con milagros tan repetidos, tan públicos y notorios, que no es posible dudarlo,

y que todo esto se hizo para preparar la venida de Jesucristo y con ella la redención del género humano.

Este era mi resumen, y apenas llegó el padre al otro día y yo se lo presenté, se complació con mi exactitud y diligencia, y me dijo: Vos parecéis, señor, la buena tierra del Evangelio, en que la semilla da fruto; Dios quería echarle su bendición. Si, señor, ya habéis empezado á dividir esas ideas magníficas y augustas principio de la religión; por lo mismo ya conocéis su genealogía, el tronco de su descendencia que es Dios, y presto veréis como por línea recta viene á parar en Jesucristo, porque á aquel adelante la luz crece, las pruebas se aumentan, los milagros se multiplican y vuestra razón, que ya está en camino, se verá tan empujada al término por tantos y tan fuertes impulsos, que no podrá dejar de desviarse.

Es verdad que cuando esperaba encontrar en el Mesías un rey, un conquistador, un Dios, podrá asombrarse de no hallarlo: mas que un hombre condenado á muerte y cubierto de ignominia. Este ha sido el escándalo del judío durescido, la locura del gentil egipto y la irrisión del filósofo soberbio; pero los que están instruidos por las mismas profecías que la cruz de Jesucristo es la ciencia y la fuerza de Dios para sus escogidos, reconocen que Jesucristo es nuestro Salvador precisamente porque ha sido crucificado en ellas, sus humillaciones y su muerte se los convierten en pruebas porque han sido altamente predichas, y no es posible dejar de contemplar con un respeto religioso el admirable retrato en que los profetas dibujaron los profetas y las amarguras del divino Salvador, su sacrificio y las circunstancias que le acompañan; en fin, su muerte y los frutos que se esperan; todo está pintado con rasgos tan claros y visibles, que mas parecen una historia que una profecía.

Isaías había dicho que el Mesías sería condenado á muerte por el pueblo que le aguardaba y que le desconocería; que el silencio de Dios en su sacrificio haría pensar que le abandonaba, que su paciencia aunque libre y voluntaria sería tenida por flaqueza, que su inmolación sería deshonrada con la compañía de los delinquentes, que se le maniatara como á un maldado y que sería declarado tal por un juicio público; que lejos de justificarse ó de librarse con milagros, parecería tan mudo y débil como el cordero que degollan; que expiaría los pecados de los hombres con sus sufrimientos, que los merecería el perdon con sus dolores, que los sanaría con sus heridas, que sería una víctima tan pura, tan santa, tan agradable á Dios, que aplacar á su cólera.

¿Os parecen estas bastantes señas? Pues oísteis todavía otras que no son menos positivas que muriendo y pareciendo vencido obtendrá la victoria; que los hombres no se desengañarán sino por su resurrección y por la prodigiosa multiplicación de su familia, que será fruto y prueba de ella, y que lo serán mas claro cuando los otros pueblos y sus reyes abandonarán sus mentidas divinidades para adorar la cruz; que entonces se conocerá que crucificado era el justo, el rey prometido á Sion; que será grande y elevado en gloria entre los gentiles, parecido á José, que primero fué vendido por sus hermanos y despues dueño de Egipto.

Daniel ve al rey por excelencia, al Santo de los santos, al mismo Cristo entregado á la muerte sin que nadie se declarara por él. Su muerte, aunque reputada como suplicio merecido, da fin al pecado y se hace principio de una justicia eterna.